

El carro de heno

Palabra de acorde

No sé qué fue antes si palabra o acorde. Quizá silencio. Quizá cierta sensación de no pertenecer al terreno que una pisa. Ese desarraigo perpetuo que se instala en las vías respiratorias, en los pasos que se vuelven cemento, en la mirada negra desprovista de anhelos. No sé qué fue antes, la verdad. El primer acorde, el culpable de todo -del desarraigo, del latir desbocado, de la experiencia de vivir con frenesí-, llegó con **David Bowie**, y con su figura única, la primera palabra, la misma que dejó una red de preguntas que el tiempo ha ido espesando. Por ello, no sé qué fue antes, si el diálogo de “Space Oddity” o la armonía que lo sostiene. El británico ha anunciado nuevo álbum, *The Next Day*, para el que ha contado, una vez más, con la mano certera y templada de Tony Visconti desmontando, así, el esqueleto musical previsto para 2013, dinamitando las esperanzas del resto de artistas. Palabra de David Bowie.

Desde esa primera muesca, muchas palabras y acordes me acompañan. Algunos no han superado el paso del tiempo y han caído en el vacío de la memoria descartada. Otros conforman entramados singulares. Mientras que los más audaces, los que están llamados a formar parte de la posteridad, se quedan suspendidos en esa suerte de habitáculo de glicerina que llamamos identidad. *Berlin*, de **Lou Reed**, que este año celebra su cuarenta aniversario, es uno de esos grandes artefactos que aúna literatura y *rock and roll*. Palabra y acorde. Un álbum que abate al espectador sonoro gracias a la ficción literaria hecha música, gracias a la creación de ese escenario grotesco y macabro que colocó al neoyorquino en el frente, desde donde era más fácil dispararle, tal como nos cuenta Ignacio Julià en *Berlin Capital Alaska*, (66 rpm Edicions, 2012), al escribir que «tuvo el arrojo, y la inconsciencia, de atravesar el fuego y vivir para contarlo».

Otra obra que estrenó recientemente aniversario es *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen. Excelente ejercicio de la palabra, fascinante ritmo narrativo que galopa entre los acordes que irrumpen cuando el lector interroga al texto. La autora británica facturó una de las novelas más urgentes y precisas por lo que tiene de cuestionamiento de la condición humana, por lo que guarda de reflexión en torno a la podredumbre moral de un tiempo perpetuo. Austen responsabilizó a la palabra de acometer la herida y así literatura y lenguaje comparten ese lugar, tan inhabitado en nuestro presente, desde donde edificar una realidad más poderosa que la impuesta. Desde donde perforar la experiencia de la vida.

Cristina Consuegra